

# La Iglesia Ortodoxa Rusa en 1905-1906

*Domingo Krpan*

*Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino - Buenos Aires*

El ecumenismo actual posibilita a los cristianos de buena voluntad sentir que la Iglesia es una y respira con los dos pulmones, que aunque separados, se benefician mutuamente. Ecumenistas siempre ha habido entre los eclesiásticos mas concientes e instruidos. Así fueron varios de los que inspiraron, aunque sólo en parte, los dos Concilios Vaticanos, para no mencionar a los de los siglos anteriores. Un precedente histórico en el *aggiornamento* de la Iglesia lo tenemos en la eferescencia renovadora que promovieron los eclesiásticos rusos en 1905, cuando se preparó el Concilio local que pudo ser celebrado recién en 1917 y luego frustrado por la situación oprimente del régimen soviético. En este artículo se han utilizado datos de la disertación doctoral del autor defendida en Roma en 1975 en parte publicada por la revista *Teología*, de Buenos Aires, tomo XIII n° 2 y n° 27-28, agregándosele otros cognoscibles sólo a partir de la liberalización en Rusia en la última década del siglo pasado.

El 1905 se presentó al Imperio ruso con grandes dificultades. La guerra con Japón terminó en derrota, con lo cual se hizo notar enseguida el descontento general. Los problemas acumulados aparecieron con evidencia, pero agravados por los agitadores revolucionarios que aprovecharon la ocasión. Dejó una impresión de tremenda amargura el "domingo sangriento" del 9 de enero, cuando el sacerdote ortodoxo Gregorio Gapón condujo una enorme pero pacífica manifestación obrera que pedía al Zar ciertas mejoras laborales y sociales. Las incompetentes autoridades dispersaron la multitud a tiros, sablazos y latigazos; hubo muchos muertos y heridos. El Zar se disculpó pero no castigó a los culpables. El descontento general y las dificultades lo obligaron a conceder algunas leyes democratizantes.

Los eclesiásticos rusos, que anhelaban la reforma de su Iglesia, paralizada como dijera Dostoievski y el filósofo Vladimir S. Soloviev, aprovecharon la situación para plantear los problemas que venían arrastrándose desde hacía dos siglos y medio.

El primero que levantó su voz fue el metropolitano de San Petersburgo, Antonio Vadkovski (1846-1912), la persona más indicada para hacerlo: eclesiástico de excelentes cualidades, piadoso y erudito, apreciado por todos. Parece que fue justamente él quien promovió este movimiento de renovación. Él, personalmente, presentó al Consejo de Ministros el informe, pidiendo que la Iglesia no sea controlada internamente por el estado y se rija por cánones, que los jerarcas y sacerdotes representen a su pueblo delante de las autoridades, que éstos sean elegidos por sus fieles o nombrados canónicamente, que las parroquias tuvieran personería jurídica y puedan administrar sus bienes. Estos eran planteamientos modestos pero suponían la reforma del aparato administrativo de la Iglesia que dirigía el Santo Sínodo, compuesto por obispos y algunos sacerdotes pero controlados por el Procurador Superior que era un laico nombrado por el Zar y dependiente de éste.

El procurador del Sínodo era hacía ya dos décadas el anciano Constantino Pobedonostzev, muy religioso y culto, ex preceptor del Zar, pero mentalidad típicamente conservadora, aunque conciente de que muchas cosas no funcionaban en la Iglesia como debería ser.

Siguió a esto el informe del Presidente del Consejo de Ministros, S. J. Witte, dirigido a esta misma instancia. El autor dice en sus memorias que lo había preparado con ayuda "de un Colaborador" ¿Quién fue este colaborador? Quizás el mismo metropolitano Antonio, cuyas ideas el informe reflejaba. Este segundo informe es mucho más teológico y exigente: pide que la reforma sea hecha con espíritu de eclesialidad o conciliaridad; critica la situación imperante impuesta por el Zar Pedro I, en 1717, como anticanónica y protestantizante; que los jerarcas y los párrocos sean elegidos por clero y laicos; que sea convocado el Concilio pan-ruso compuesto por obispos, sacerdotes y laicos; que sea restablecido el Patriarcado; que las escuelas teológicas sean reformadas y modernizadas; que la situación del clero, pobre y burocratizado, sea mejorada; que fuera suprimida la ignominiosa obligación de los sacerdotes de denunciar los casos de subversión declarados en confesión, a lo que obligaba el "Reglamento Eclesiástico" de Pedro I, siempre en vigor. Este informe del ministro Witte resultó ser todo un programa del futuro Concilio de 1917.

El 17 de abril de 1905 el Zar promulgó la "Ley de libertad religiosa", con lo cual las confesiones no ortodoxas adquirirían pleno derecho de exis-

tencia pero sin el control estatal interno. Con esto la Iglesia ortodoxa seguía en el régimen antiguo y los demás resultaron privilegiados.

Promulgada esta ley, los dos informes antes presentados, conocidos por sus destinatarios y por el Zar, fueron remitidos al Santo Sínodo, donde el ya anciano pero todavía perspicaz procurador Pobedonostzev logró someterlos a su control. Así corrieron el peligro de ser neutralizados por este nuevo destino, pues contradecían las ideas y la acción del anciano dirigente de la Iglesia.

La respuesta del Procurador fue publicada poco tiempo después y tres días antes de la sesión primaveral del Sínodo. Se notó enseguida que los informes de reforma estaban condenados a ser archivados... Pobedonostzev defiende el *status quo* imperante, cuyo sostenedor era él, diciendo que la protección estatal, la económica desde ya, era necesaria en el inmenso país con gente pobre y atrasada, que lo oprimente provenía de los funcionarios alemanes (¡Witte!) numerosos en la administración imperial; reprocha al Metropolitano y a Witte el no haber analizado en detalle la ineficiencia eclesiástica; dice que la denuncia del secreto confesional los confesores en realidad la ignoran; las propuestas de convocar un concilio y de restablecer el Patriarcado simplemente las hubo soslayado elegantemente... Incluso objetó la participación del Episcopado en la dirección de la Iglesia reservada al Sínodo.

El Sínodo sesionó el 15, 18 y 22 de marzo. Pobedonostzev no estuvo presente; delegó a su ayudante V. N. Sabler, quien quedó contento con las reuniones, como también el Metropolitano. Los Padres sinodales compusieron una petición y la presentaron directamente al Zar: pedían la convocación del Concilio, el restablecimiento del Patriarcado, la revisión de las normas directivas de la Iglesia en el sentido de la *sobornost*, la reorganización de las parroquias y la revisión de las normas relativas a las propiedades eclesiásticas.

El Zar, después de haber recibido este informe-pedido, escribió el 31 de marzo debajo del texto una nota que luego fue fatal para la convocación del tan deseado Concilio: "Considero imposible realizar una obra tan importante como la de convocar el Concilio local, que exige tranquilidad y reflexión, en los tiempos turbulentos que estamos viviendo ahora. Me propongo a mi mismo dar curso a esta gran obra, la de convocar el Concilio de

la Iglesia pan-rusa para examinar canónicamente las cuestiones de fe y de dirección eclesiástica cuando se presente el momento oportuno, según los antiguos ejemplos de los Emperadores ortodoxos". Esta nota fatal nunca fue revocada por el tan vacilante Zar Nicolás II. El Concilio fue convocado recién después de la abdicación del Zar, en marzo de 1917, y se celebró en un tiempo bastante más turbulento que en 1905.

Los sacerdotes de la Capital no se hicieron esperar con su propia crítica del *status quo*. Mientras sesionaba el Sínodo fue publicada en los periódicos la "Carta abierta de 32 sacerdotes de la Capital" (súbditos del Metropolitano Antonio, a quien habían presentado previamente el texto). Pedían el restablecimiento del Patriarcado, el Concilio, la libertad de la Iglesia, la redimensión de las diócesis demasiado extensas, la revaloración del episcopado y de los cánones eclesiásticos que no se respetaban... Junto a estas propuestas teológicas y canónicamente muy bien fundamentadas abundaron diversos escritos extremistas y arrebatados, cuyas deficiencias graves se evidenciaron luego en la triste experiencia de los "Obnovlentzy-Renovadores" del 1922 ss.

Los desórdenes graves que se producían en esos años en el Imperio ruso fueron dominados con dificultad, pero con severidad y eficiencia, por el ministro del Interior, Pedro A. Stolypin. Los atentados a la vida y los incendios eran castigados con la pena capital (irónicamente el lazo de la horca era llamado "corbata Stolypin"). En los años 1906-7 los terroristas asesinaron 4.126 personas e hirieron a 4.552; en juicios sumarios se dictaron 3.825 sentencias capitales. Con todo, la revolución fue dominada, y a la vez Stolypin, una vez Primer Ministro, promovió una excelente reforma agraria, colonizó enormes espacios de tierras fértiles en Siberia y así el Imperio ruso pasó a ser potencia agraria de primer orden. Este excelente ministro también apoyó la idea de la reforma de la Iglesia. Finalmente, después de varios intentos de atentado a su vida, fue asesinado en el teatro de Kiew en 1911, por el joven revolucionario judío Bogrov.

El anciano procurador Pobedonostzev se retiró de su puesto en octubre de 1905 y lo sucedió el jurista Alejo D. Obolenski. Con este funcionario se pudo dar comienzo a la preparación del Concilio que se había paralizado a fines de junio de ese año. A todos los obispos fue enviado un cuestionario que debían contestar antes de diciembre. Las respuestas fueron llegando rápidamente y luego fueron publicadas en una importante edición.

Han sido más que interesantes. El Metropolitano Antonio (Vadkovski) respondió consecuente consigo mismo: pedía al Concilio compuesto de obispos, sacerdotes y laicos, el restablecimiento del Patriarcado, y lo demás de su estilo. Muy parecida fue la respuesta del docto arzobispo de Finlandia, Sergio (Stragorodski), quien luego fue, a partir de 1925, lugarteniente patriarcal y, en 1944, patriarca. Todo el Episcopado declaró ser partidario de la reforma. A la vez, la literatura eclesiástica periódica de ese tiempo fue muy abundante y libre, con diversidad de opiniones. Merece atención un artículo del renombrado historiador E. Golubinski, quien pedía en primer lugar la reforma litúrgica, contra el parecer común del encanto por la belleza del ritual litúrgico ruso, complicado con los siglos y arcaico.

El 17 de diciembre de 1905 el Zar reunió en su despacho a los tres Metropolitanos rusos y conversó con ellos sobre la convocatoria al Concilio. Le propusieron hacerlo el año siguiente. En virtud de esa propuesta se formó en marzo de 1906 el "Oficio preconiliar" que comenzó enseguida con las actividades, pero la fatal nota del Zar del 31 de Marzo de 1905 quedó en pie.

La preparación del Concilio se prolongó sin concreciones hasta 1912, cuando se reavivó otra vez. El tan apreciado Metropolitano Antonio (Vadkovski) murió ese año; lo sucedió Vladimir (Bogojavlenski), hombre sincero y honesto, pero sin la visión amplia de su predecesor; como protomártir del episcopado ruso, este prelado fue asesinado en Kiew el 24 de febrero de 1918. El Concilio, tan largamente preparado, finalmente fue convocado el 15 de agosto de 1917, pero sólo después de la abdicación del Zar, en marzo de ese año. Sesionó casi un año y no pudo ser concluido debido a las condiciones imposibles de la revolución bolchevique y de la guerra civil incipiente. Tampoco pudieron ser realizados los decretos y cánones formulados, salvo que se restableció el Patriarcado. La elección para patriarca recayó en el nuevo arzobispo de Moscú, Tikhon (Belavin), persona equilibrada y de ideas amplias, confesor de la fe, últimamente canonizado. La reacción de la Iglesia fue siempre doble: en un extremo los "de avanzada", en ese caso totalmente inoportunos y desubicados, y los clásicos "conservadores" partidarios del *status quo* imperante, en el otro extremo.

En una edición reciente de la abadía de la Trinidad y san Sergio en Rusia, figura un relato extraño: todavía en el invierno de 1905, quizás en la entrevista del 17 de diciembre, el Zar habría preguntado a los Padres sinodales sobre el posible candidato al Patriarcado. Al responder ellos que no lo tenían

en vista, el Zar les dijo que podría ser él mismo, en persona; que para ello se separaría de su esposa de común acuerdo... Los eclesiásticos se quedaron mudos y sorprendidos por semejante respuesta... No era para menos. Si esto es cierto, era inimaginable que el Zar se separara de su esposa con cinco hijos pequeños, cuando el tan anhelado heredero apenas había nacido. Cabía solamente interpretar semejante respuesta como una forma astuta de acallar a los eclesiásticos. Evidente resulta que el Zar no quería que se convocara el Concilio ni que a su lado apareciera tamaña autoridad que sería el Patriarca.

Dramáticos, en realidad, resultaron estos vaivenes de la preparación del Concilio ruso de reforma celebrado en 1917-1918, programado en ese momento tan difícil, pero frustrado enseguida por la opresión y persecución bolchevique. Las vacilaciones del trágico personaje que fue el Zar Nicolás II postergaron el acontecimiento hasta el momento cuyas circunstancias pocos pudieron prever. La Iglesia rusa se abatía en el sistema heredado de Bizancio, consistente en la "sinfonía" en el imperio ortodoxo, donde el monarca resultaba ser el jerarca supremo y absoluto... Esta suprema autoridad pretendía ejercer Nicolás II, pero ni de lejos poseía la energía y decisión de un Macario que convocó el Concilio de Calcedonia en 451. El último Zar cometió el gravísimo error de embrollar a Rusia en el conflicto bélico de 1914, en el que se desmoronó su Imperio, y él, al ver que ya no podía dominar la situación, abdicó, y finalmente acabó asesinado junto a toda su familia. Posteriormente fue canonizado por su Iglesia. Los eclesiásticos rusos más conscientes quisieron liberarse de esta situación de "sinfonía" (consta por las actas del Concilio de 1917-1918), pero muchos de sus sucesores modernos, luego de la terrible experiencia soviética, sueñan con esa perimida idea bizantina como salida de la postración en que la larga opresión los había sumergido.

Interesante resulta tender un paralelo entre las Iglesias Ortodoxa rusa y la Católica romana de principios del siglo XX. Esta última, luego de tres siglos sin concilios, heredó del Vaticano I la absoluta verticalidad jerárquica. Después de cierta liberalidad de León XII, viene el período del devoto Pío X con las ideas restrictivas del *Syllabus errorum* y del *Sodalitium pianum*, especie de servicio de inteligencia eclesiástico, del abultado *Index librorum prohibitorum...*, mientras la sociedad humana se alejaba rápidamente de cualquier influencia de la Iglesia. Las moderadas propuestas de reforma de un A. Rosmini (†1855), erudito pensador, y las de cualquiera que propusiera "innovaciones" parecidas, eran acalladas con este Índice... Desde ya que

había eclesiásticos conscientes de la situación paralizante, pero ni siquiera se les permitía expresarse. El período del moderado Benedicto XV fue marcado por la terrible Iª guerra mundial y por el nuevo orden político, que hoy vemos que ha sido fatal. Las actitudes pacificadoras del papa Benedicto hacen honor a su memoria de pastor universal, aunque las potencias vencedoras hicieron caso omiso de sus propuestas y protestas. Los períodos de Pío XI y Pío XII están en discusión, muchas veces tendenciosa. El alivio renovador finalmente llegó con Juan XXIII, quien “abrió la ventana para que entrara aire fresco en la Iglesia” y con fe y confianza en Dios, con coraje y arriesgamiento, convocó el Concilio Vaticano II.

La bibliografía relativa al tema ruso de este artículo se puede consultar en la revista “Teología”.